





*



**

La abeja en La Colmena

Víctor Nava Marín

CARTA BOHEMIA

En tu memoria, donde quiera que estés, Martha, amiga

Incrédulo, perplejo, recibí el pasado 18 de diciembre la fatal noticia de tu repentina muerte, leal y desenfadada amiga de no sé cuántos años; amiga de la discusión y la bohemia, de la tremolina y el zipizape, de los reveladores momentos y de las imprescindibles chelas, de la libertad y la pasión ilimitada, como ilimitadas fueron las gotas de esencial poesía que, desde tus instintivos íferos, destilaste, con espontánea sensibilidad, en cada línea de los breves pero excepcionales poemas que lograste, los cuales proyectan tu calidad poética y humana.

Apenas unos días antes de la fatídica noticia —quizás dos o tres semanas— habíamos tenido un grato y emotivo encuentro, en el que, como en otras ocasiones, desahogando penas y anunciándome nuevos proyectos, encontraste con la desilusión y la tristeza que te causó el hecho de que tu hija no haya querido verte, feliz y orgullosa me contaste que tu hijo había ganado una beca para estudiar violín en Canadá; que pensabas escribir ya poemas largos, o tal vez una novela, y que estabas a punto de iniciar una nueva aventura laboral, algo parecido a lo que habías hecho en Guanajuato (la organización de un archivo en una institución de cultura). Por eso, cuando me dio Vicky la noticia de tu sentido fallecimiento, de momento me fue difícil entenderlo. Sin embargo, al saber que la causa había sido un problema del corazón, mi incertidumbre comenzó a disiparse, y con hondo pesar comencé a

aceptar, no tu muerte, no tu pérdida, no tu ausencia, sino tu viaje a ese lugar, cielo-infierno, quizá mejor que éste, en el que, por fin, tu infortunada existencia podrá tener alivio, cuando experimentes el *primero sueño* de la *muerte sin fin* en un *cementerio marino*.

Aunque esporádicos y efímeros, a causa de tus lejanas e inestables residencias y repentinas visitas, cada uno de nuestros cordiales encuentros refrendó, a pesar de nuestras disensiones y diferencias, la muy estrecha y afectuosa relación que, al tono de las chelas, nos permitió discutir, paciente o bruscamente, sobre temas serios y banales, y nos hizo compartir incontenibles excesos.

Cómo olvidar, querida Martha, aquella experiencia del monólogo (*La mamá hippy* de Dario Fo y Franca Rame) que tan entusiasta me pediste que te dirigiera y que, ante mi sorpresa, en efecto te aprendiste; tras lo cual, cierto día empezamos a trazarlo. Mas, impetuosa como siempre, interrumpiendo las indicaciones que te daba, maliciosamente me hiciste caer en la lujuria... Cómo olvidar tampoco el atrevimiento que tuviste cuando, siendo yo colaborador de la Subdirección de Publicaciones del IMC, y estando a punto de hiciar la presentación “solemne” de un libro del prestigiado poeta mexiquense Óscar González César, la cual presidiría el entonces director general del instituto, ingeniero José Yurrieta Valdés, de manera discreta a mi lado, y con tu acostumbrado desparpajo sacaste del abultado morral que llevabas una cerveza de bote, cuyo chasquido, al momento que la abriste invitándome a tomarla, despertó en mí una disimulada sorpresa, el azoramiento del público expectante y la exacerbación de mi desavisada jefa, quien, no sin desconcierto por tu “inoportuno” (!) y ocurrente entrometimiento al vociferar reclamativamente “Ésas son puras burguesadas...”, desesperada me pidió que por ser yo tu amigo hiciera algo para calmarte, lo que por supuesto no logré de manera fácil, ya que, complacido, con cierta tolerancia veía como cometías una más de tus sublimes irreverencias, al lanzar, mientras bajabas las escaleras, tus clásicas diatribas. Aprovechando esa turbia situación, alguien —creo que un amigo tuyo— quiso llevarte (“Ven conmigo, Marthita, te voy a llevar a casa”), pero, sin perder la lucidez pese a “tu estado”, me pediste en voz baja que no te dejara ir con él. Entonces, con el propósito de hacer que “se te bajara”, te convencí para que saliéramos a que te diera el aire, en tanto terminaba la presentación. Al regresar, y como ésta aún no concluía, tras sentarnos afuera del museo, en la banqueta, sacaste de nuevo de tu morral un par de chelas (era un *six* el que llevabas), y brindando por la libertad, por el amor y la poesía, nos dejamos llevar otra vez por la pasión... De pronto, fuimos interrumpidos por el retintín de una voz que no me era desconocida: “No te vayas a resfriar”. Claro, se trataba de mi enfadada jefa, a quien

no pude darle explicación alguna. Al día siguiente, era de esperarse, me acusó con el director. Sin embargo, para sorpresa mía y frustración de ella, tal inculpación le pareció a éste simplemente divertida (como divertida había resultado tu frase “Ésas son puras burguesadas” para el propio poeta homenajeado y para el ingeniero Yurrieta), y lo único que exclamó fue un “Ay, Josefina, lo que pasa es que éstas celosa”, con lo que mi flaqueza no pasó a mayores.

Sí, embaucadora e irreverente Martha, a éstos y a otros arrebatos fuiste capaz de hacerme sucumbir. Contigo rompí reglas y traspasé límites (morales, éticos, sociales), a tal grado, que llegamos a ser corridos de cafés, bares y cantinas (del Dalí, del Capri, del London), e incluso a tomar unos vinos o unas chelas en horas y lugares inapropiados: una vez en el Centro Toluqueño de Escritores, cuando cubrías tu turno de vigilancia, como policía; y otra, en la ínclita sala universitaria “Isidro Fabela” (perdón a la institución, pero ello ocurrió hace un buen tiempo), donde, no habiendo otro sitio ni la restricción de tomar vino en nuestra máxima casa de cultura, entramos a echarnos un *six* antes de que fueras a cumplir con tu “honrosa” labor de policía. Sí, sólo tú pudiste ser poeta y policía, la *poeta policía*. Policía que por “desacato al reglamento” (tomar en pleno servicio) hasta llegaste a ser arrestada.

Pero más allá de estas cuestiones anecdóticas, conocí también en ti a una desbordante y desprendida amiga; a una madre victimada, a una mujer plena que siempre quiso amar de una manera ilimitada, y a un generoso ser humano capaz de entender y perdonar a quienes tanto e injustamente te ofendieron y negaron (envidiosos colegas, falsos amigos e incluso familiares).

Y qué decir de la vívida poesía que derramaste en alguna hoja suelta, en la página de una revista o en tu *des-vergüenzado Menstruario*, con el que quisiste rendir un “público” reconocimiento a la mujer, y del que, al igual que de tus otros hallazgos poéticos, así como de tu labor como archivista y reportera (ah, porque —por si fuera poco— también fuiste reportera, *ide nota roja!*, en Guanajuato), siempre me pediste una opinión, sin ser yo ninguna autoridad en la materia, lo que mucho te agradezco.

Por ello, y por algo más, contristado te escribo estas dolorosas pero muy sentidas líneas invernales, evocando con placiente tristeza todos y cada uno de nuestros cómplices momentos bohemios, con el deseo de que, allá, sigas haciendo de las tuyas, en compañía de lúbricos amigos, artistas y poetas... ¡Salud!, Martha amiga, y hasta pronto.

P. D. Cuando beba una chela o una copa de vino, lo haré siempre a tu salud y en tu recuerdo. Espero me respondas, en el cielo o en el infierno, aunque sea con vino para consagrar o con un *casillero del diablo*.

Menstruario

I

Si menstruo en luna llena mi animal se regocija
parece niño en días de fiesta
en media luna me siento sola y lloro
porque a veces soy una dramática
en menguante me tiene despierta la marea roja
bajo una mano al jardín y siento sangre
es creciente mis senos se hinchan
un óvulo se desprende y sangro
menstruo y me siento feliz
es una regla general que lo disfruto

II

Este mes comenzaré a sangrar un martes

III

En días de tensión menstrual
salgo con mis cuchillos a la calle
y cruzo la ciudad abiertamente
Cuánta injusticia y desafuero
Que capacidad de convertirme en diablo
de montar en cólera de dar muerte
Cuando estoy a punto de sangrar
la nota roja en la región aumenta
Intocable hirviente melancólica
advierto que es menstrual
y por eso cada mes me absuelvo

IV

Cuando confirmo la regla
del día previo devastador
porque vuelvo a lanzar
las mismas piedras
y juro que es algo
que está fuera de mi control
comprendo que menstruar
no sólo es un estado de gracia

V

Pero no todo es irritación y espasmos
a veces cuando estoy a punto de sangrar
salgo con entereza a la calle
y cruzo la ciudad alegremente
la ingeniosidad acude a mí para corearme
Seso puro coquetería y corazón
me vuelvo capaz de los actos más audaces
puedo cabalgar desnuda
tocar al mismo tiempo las campanas
decir a todos lo que siento
y proclamar la independencia de los hombres



Menstruario. Poesía, Martha Alicia González
Negrete, Guanajuato, México, 2002, 40 pp.